



## PATRIMONIO

# Los caminos de don Fernando

La obra de quien supo descubrir para el mundo los hilos que trenzan la nacionalidad cubana fue declarada Patrimonio Cultural de la Nación

Por **JESSICA CASTRO BURUNATE**

**R**IZOS y “espendrus” se hacen cada vez más habituales en los jóvenes cubanos, una estética que se muestra con orgullo reivindicatorio. La he-

rencia africana en Cuba fue por mucho tiempo marginada. “Un pueblo que se niega a sí mismo está en trance de suicidio”, escribió don Fernando Ortiz en el

prólogo a los *Cuentos Negros de Cuba* de la gran escritora folclorista Lydia Cabrera.

Don Fernando, ese intelectual esencial del siglo XX y cuya obra ha sido declarada Patrimonio Cultural de la Nación, fue el primero en acercarse y rescatar esa parte de la memoria y la cultura nacional; para que Cuba pudiera verse tal cual, múltiple, compleja, sincrética. Esta reciente declaración constituye un acto de justicia, aseguró Miguel Barnet, presidente de la Fundación Fernando Ortiz, dedicada a la divulgación y rescate de su obra inédita.

Si Cristóbal Colón descubrió para el resto del mundo la existencia de la mayor de las Antillas y el prestigioso naturalista alemán Alejandro de Humboldt sacó a la luz muchas de sus riquezas fruto de la investigación científica, Fernando Ortiz se adentró en ese complejo universo de esencias, procesos y lenguajes que conforman la identidad sociocultural de la nación. Este prolífico investigador tiene, entre tantos, el mérito de ser varias veces el primero; y vivió, por eso, la incompreensión que viven los pioneros. Polemizó, reivindicó y transformó para la sociedad de su tiempo, y para la presente, la forma en que se miraban la cultura y el papel de los intelectuales; un debate que, sin duda, convoca todavía.

“La cultura no es un lujo, sino una necesidad; no una contemplación, sino una energía; no un narcisismo eunucoide y estéril, sino una cooperación copuladora de creaciones; no una neutralidad pasivista, sino una militancia activa, no una quietud ganada que se goza, sino una inquietud que hay que satisfacer sin cesar”, sentenció el gran sabio en la entrevista que le realizó el periodista Luis Báez para el libro *Los que se quedaron*.

Ortiz rechazaba así el ornamento sin propósito, refugio de quienes temen al cuestionamiento que mantiene vivo y en movimiento un país. Además, impulsaba la construcción propia por los caminos más largos y no exentos de contradicciones, pero necesarios al fin.



En el acto de declaración de la obra de Fernando Ortiz como Patrimonio Cultural de la Nación participaron Miguel Barnet, Eduardo Torres Cuevas, director de la Biblioteca Nacional, y Eusebio Leal Spengler, Historiador de La Habana.

### El intelectual enciclopedista

Decidido a “palparlo todo, olerlo todo, saborearlo todo” –como él mismo confesara a Barnet– se alejó del escritorio y salió a buscar las historias que quería contar. Sus fuentes fueron diversas, los más encumbrados intelectuales del mundo y las voces populares con saberes ocultos: santeros, paleros, espiritistas, tamboreros...

Cuenta el historiador y periodista Ciro Bianchi que Ortiz asistía a los ritos y ceremonias vestido siempre de blanco, el color de Obatalá Allaguna, santo de la paz y de la inteligencia en la religión yoruba. De tal forma encontró y clasificó ese patrimonio de cantos, instrumentos musicales, mitos, ritos funerarios, sistemas adivinatorios conservados en nuestro país, algunos desaparecidos de su tierra de origen tras el brutal choque con la colonización.

Fernando Ortiz cuenta con más de 30 obras capitales que pudieran calificarse de etnografía, historia o sociología; también fue arqueólogo, antropólogo, sociólogo, psicólogo, lexicógrafo... todo a la vez. Barnet, también célebre hombre de letras y



La cultura afrocubana, sus secretos, atrapan al joven abogado desde su regreso a Cuba en 1906.

etnólogo, sostiene que por sobre todas las cosas a Ortiz le importaba Cuba y esa amalgama de culturas que le dio forma en un proceso único.

Esas señas necesarias, que encuentran en su obra los estudiosos contemporáneos, fueron el resultado de un lanzarse a lo desconocido. Esa vocación enciclopedista por experimentar métodos y encontrar formas de recopilar la información ausente, lo convirtió en un pionero y un maestro de las ciencias sociales del continente, señala el autor de *Cimarrón*.

### Polémica de la negritud

Cuando acercarse y reconocer públicamente el valor de la herencia africana en Cuba parecía un sacrilegio hasta para quienes aún traían las marcas de la esclavitud, don Fernando hizo de su estudio gran parte de la obra de la vida.

“Para unos ello no merecía la pena; para otros era muy propenso a conflictos y disgustos; para otros era evocar culpas inconfesadas y castigar la conciencia; cuando menos, el estudio del negro era tarea harto trabajosa, propicia a las burlas y no daba dinero”, aseveró Ortiz en los inicios de sus investigaciones.

Tras su regreso a Cuba luego de varios estudios en el extranjero, designado como fiscal sustituto de la Audiencia de La Habana, comenzó sus investigaciones con la visita a la población negra recluida en los penales y de la que se contaban las historias más terribles. De esas exploraciones surge *Los negros brujos* (1906), apuntes que insertan en lo que él mismo denominó hampa afrocubana. A este título siguieron *Los negros esclavos* (1916), una obra de necesaria revisión sobre la esclavitud en América, y el *Glosario de afro-negrismo* (1924), un valioso texto de filología y sociología.

Sobre las reacciones provocadas por *Los negros brujos*, Ortiz escribió en sus notas: “Para los blancos aquel libro sobre las religiones de los negros no era un estudio descriptivo, sino lectura pintoresca, a veces divertida y hasta con puntos de choteo. A los negros les pareció un trabajo ex profeso contra ellos, pues descubría secretos muy tapados, cosas sacras de ellos reverenciadas, y costumbres que, tenidas fuera de su ambiente por bochornosas, podían servir para su menosprecio”.

Con el tiempo, sus investigaciones, en las que no había “acritud despectiva”, solo mera observación y explicación de su origen y su sentido humano –aseguraba el investigador–, fueron mejor asimiladas, aunque no del todo comprendidas. También

intentó acercarse al complejo entramado de relaciones y subjetividad social que hacían que, aún después de haberse derogado el último vestigio jurídico de esclavitud, seguía subyugando, marginando, toda una raza, lanzada a lo que definía como una “mala vida”, en oposición a aquella que disfrutaba la clase dominante, blanca y burguesa.

El reconocimiento del valor de la herencia africana para Cuba y su identidad, promovido por Ortiz, ha sido una valiosa herramienta para desmontar un racismo que aún lacera; subyace en el discurso cotidiano, así como en el imaginario de algunos que enfocan más la mirada y búsqueda de sus ancestros hacia la antigua metrópolis que hacia África.

Afortunadamente la Fundación Fernando Ortiz se ha encargado de recopilar la extensa obra inédita que dejó el reconocido tercer descubridor de Cuba. Así en el año 2000 se publicó *La santería y la brujería de los blancos (Defensa póstuma de un inquisidor cubano del siglo XVII)*; *Brujas e inquisidores* (2003), *La Virgen de la Caridad del Cobre: Historia y etnografía* (2008) y *Epifanía de la mulatez. Poesía e Historia* (2016), referido al mestizaje y sincretismo.

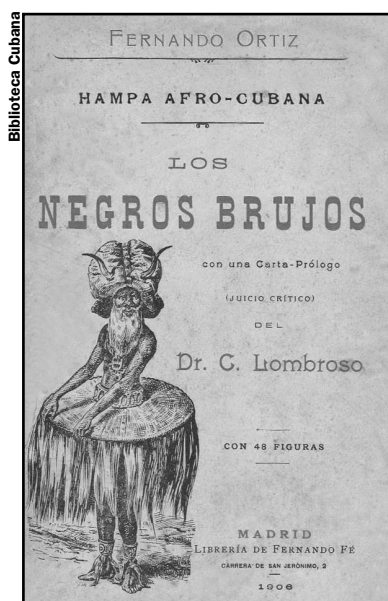
### Transculturación y cubanía hoy

Para una tierra que perdió prácticamente de tajo su cultura originaria, surgida como nación en medio de contradicciones y herencias múltiples, marcada por su insularidad, movimientos migratorios y trasiego de identidades, mirarse, quizás comprenderse, lleva mucho de crítica, sagacidad, cuestionamiento perenne.

Ortiz también dio a Cuba eso: una fórmula más completa para mirarse. Al concepto de “aculturación”, con toda su carga colonial, mediante el que se definía el plegar de una cultura en la asimilación pasiva o adaptación de otra supuestamente más desarrollada, contrapuso la transculturación, un concepto que expone en *Contrapunteo cubano*



Fernando Ortiz junto a Merceditas Valdés, una de las grandes representantes de la música afrocubana.



Más allá de la “etnología criminal” en Los negros brujos ya se advierten preocupaciones sobre disímiles manifestaciones socioculturales.

*del tabaco y el azúcar* (1940), criollísimo ensayo que muchos consideran su obra más importante.

El nuevo término liberaba, definía ese proceso de fusión activa de dos culturas, que implica la transformación de ambas par-

tes y origina una nueva realidad, no la simple suma o conjugación de otras sino un fenómeno enteramente nuevo. También hoy es esta una fórmula valiosa para entender una sociedad que no ha parado de moverse; que tiene sus inmigrantes y emigrados, nuevas formas de apropiación de lo foráneo, que cohabita en un mundo más poroso e intercomunicado, de globalización y luchas por preservar la identidad de culturas minoritarias.

En el ensayo *Los factores humanos de la cubanidad* Ortiz decía: “Hay algo inefable que completa la cubanidad del nacimiento de la nación, de la convivencia y aún de la cultura [...] La cubanidad plena no consiste meramente en ser cubano por cualesquiera de las contingencias ambientales que han rodeado la personalidad individual y le han forjado sus condiciones; son precisas también la conciencia de ser cubano y la voluntad de quererlo ser”.

Es esta una definición amplia que acoge más que excluye, no impone formas de amar, ser o pertenecer a una tierra; y entiende de multiplicidad, apropiaciones y cambios. ●